

«Fascinante... Una acrobacia arriesgada repleta de ímpetu y de una energía divertida y oscura.»

Colson Whitehead, autor de *El ferrocarril subterráneo*



MATEO ASKARIPOUR
TRATO HECHO

Traducción de Juan Trejo

Título original: *Black Buck*

© Mateo Askaripour, 2021

© por la traducción, Juan Trejo, 2023
Corrección de estilo a cargo de Andrés Prieto

© Editorial Planeta, S. A., 2023
temas de hoy, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.planetadelibros.com

Primera edición: junio de 2023
ISBN: 978-84-9998-979-2
Depósito legal: B. 9.903-2023
Composición: Realización Planeta
Impresión y encuadernación: Egedsa
Printed in Spain - Impreso en España

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

I PROSPECCIÓN

En medio de toda dificultad radica una oportunidad.

ALBERT EINSTEIN

El día que mi vida cambió fue como cualquier otro, excepto por el detalle de que cambió mi vida. Supongo que eso lo convierte en un día tan importante como cuando nací, me casé o perdí todo mi dinero, por eso celebro cada 20 de mayo como si se tratase de mi cumpleaños. ¿Por qué demonios no debería hacerlo?

Como cualquier otro día, la alarma sonó a las 6:15. El zumbido interrumpió un sueño anodino que me dejó una buena erección matutina. Pero en lugar de masturbarme para librarme de ella, le di un beso a la foto de mi novia, Soraya; enderecé la torre inclinada que formaban mis libros; le di los buenos días a mis pósteres de *El precio del poder*, *El Padrino* y a Denzel caracterizado de Malcolm X y me planté frente al espejo para estudiar a la persona que me devolvía la mirada.

Entonces todavía no lo sabía, pero yo era, y soy, un atractivo hombre negro. Con casi metro noventa, soy más alto que la media, y mi piel, de una tonalidad parecida al intenso color caramelo de los Werther's Original, gracias a mis padres, es tan suave que te costaría creer que no es pura mantequilla. Mis dientes son parejos y fuertes, y también se podría decir que blancos y rectos, y mi pelo tiene una ondulación natural que no suelo exhibir porque lo llevo

corto y repeinado. ¡Maldita sea! Este chico no está nada mal y ni siquiera se da cuenta. Respiré hondo, me metí en la ducha y empecé mi rutina matinal.

La casa olía como siempre a las siete de la mañana: a café. Me daban arcadas. Después de años de estar rodeado por él, era capaz de decir la procedencia de los granos sin siquiera haberlos probado; algo que nunca haré porque odio el café. Sí. Lo. Odio. Café. Es el crack negro. Así es. Todos los que toman café lo ansían, lo necesitan y tiemblan, se rascan, se sacuden y se retuercen durante todo el rato que no lo tienen circulando por sus venas.

Una «cafetería» es un eufemismo de un antro donde venden crack. Pero, en lugar de tumbarte en un decrepito sofá con manchas de sangre, sudor y semen, colegas con nombres estilo Chad, Kitty o Trip se sientan en sillas con respaldo de cuero y felpa sorbiendo la dulce espuma blanca de un venti de siete dólares, un caramel, un mocha, un choca, un quiquiriquí, un espresso doble *macchiato* largo. Pero estoy divagando.

La elección de narcótico de esa mañana era una mezcla indonesia de Sumatra, si mi nariz no me fallaba. En lo que a cafés de lejanos parajes se refiere, los adictos habituales estadounidenses o bien se enamoran del gran cuerpo y de su explosión de rotundo sabor a chocolate y caramelo o bien lo odian.

—¿Café? —me preguntó Ma, sonriendo mientras ella se servía en su taza favorita, la de CAFÉ PARA CRISTIANOS.

—Qué graciosa —le dije al tiempo que le daba un beso en la mejilla y cogía un plátano.

—Darren —me dijo mirando el plátano—, te estás olvidando de algo.

Miré el plátano, luego a ella y después miré la foto que cuelga de la pared del salón en la que aparecemos Pa, Ma y yo.

—Lo siento, Ma. —Crucé el parque entre la cocina y el salón, me incliné y le di un beso al cristal que protegía la sonriente, bronceada y bien afeitada cara hispana de Pa—. Buenos días, Pa —dije antes de regresar a la cocina.

Ma miró la hora en su reloj y se sentó a mi lado sin dejar de mirarme. Había cumplido los cincuenta, pero no aparentaba más de cuarenta. El pelo suelto le llegaba siempre hasta los hombros. Con un poco de maquillaje, que rara vez utilizaba, podría haber pasado por una mujer de treinta y cinco. Había sido la reina del baile del instituto y tenía pensado presentarse a Miss América hasta que sus padres la disuadieron. Pero la magia de Ma no estaba en su apariencia, que utilizaba para pelearse conmigo con frecuencia. Se trataba de su capacidad para hacerte pensar con una simple mirada que estabas destinado a algo más elevado, y casi te lo creías.

—¿Qué pasa? —le pregunté.

—¿Qué pasa con *qué*?

Su mirada parecía sonreírme, dispuesta. Mi cuerpo se transformó en goma para prepararme para el impacto.

—¿Cuándo vas a dejar ese trabajo para ir a la universidad, Darren?

«Lo sabía.» Llevaba cuatro años haciéndome la misma pregunta de diferentes maneras. Como la ocasión en que me dijo lo útil que era LinkedIn para encontrar trabajos de becario. O cuando encontré una camisa blanca, un cinturón de cuero marrón, zapatos y pantalones de pinzas doblados sobre mi cama, todos nuevos, con una nota que decía: «¡Para las visitas a los campus!». «Si ella supiese por qué me quedé en casa, no me preguntaría ni haría esas cosas —pensé—. Pero moriría antes de decírselo.»

—No lo sé. Estoy esperando la oportunidad adecuada, Ma. Ya lo sabes. Además, ¿por qué intentas echarme de casa, mmm? ¿Hay algún hombre del que tenga que saber algo?

Chasqueó la lengua en respuesta.

—No seas idiota. Sabes que soy una mujer de un solo hombre. Pero te juro que, si sigues esperando a la oportunidad adecuada, como dices siempre, y no le das un buen uso a ese gran cerebro tuyo, te vas a meter en líos. No olvides mis palabras. —Se inclinó hacia delante y tosió como si se le hubiese quedado algo atascado en la garganta.

Le froté la espalda tal como ella solía hacer conmigo de niño. Me apretó la otra mano y sonrió.

—Estoy bien, Dar. No te preocupes por mí.

—Pero sí que me preocupo. Llevas tosiendo así desde hace un mes, Ma. Tiene que ser por todos esos productos químicos con los que trajinas en la fábrica.

—Bien, pues cerremos un trato —dijo secándose la boca—. Yo dejaré de trajinar con todos esos productos químicos cuando tú seas lo bastante rico como para encargarte de mí. ¿Qué te parece?

Siempre andaba proponiéndome tratos. Tendría que haberme dado cuenta entonces: Ma era la mejor comercial que conocía. Había cerrado tratos conmigo desde que era un niño. Un trato para que me fuese a la cama a una hora determinada. Un trato para viajar a una isla cualquiera si alguna vez nos tocaba la lotería. Un trato. Un trato. Un trato. En mi casa, todos los días se cerraban tratos; todo se basaba en la negociación.

—Trato hecho —respondí besándola en la frente antes de salir corriendo.

Es importante que sepas que no éramos pobres, que no *todo aquel* que vive en lo que algunos blancos llaman el «barrio» es pobre. Gracias a los padres de Ma, que murieron cuando ella tenía veinte años, teníamos una casa de tres plantas de ladrillo rojo en el corazón de Bed-Stuy. E incluso a pesar de los cada vez más altos impuestos a la propiedad, los dos ganábamos lo suficiente como para evitar tener que comprar en la cooperativa Key Food de Myrtle. No éramos clase media, pero la vida no está tan mal cuando tienes casa propia y ganas algo de dinero con los alquileres.

Tal como hacía todos los días, salté los escalones del número 84 de la avenida Vernon, corrí calle abajo, giré a la derecha por Marcy y me dirigí a la parada del metro.

—¡Buenos días, Darren! —gritó el señor Aziz, el propietario yemení del colmado de la esquina, mientras sacudía un felpudo moteado como si fuese un niño poseído.

—*Sabah al-kheir!* —le respondí, y como siempre hice todo lo posible para conectar con la gente del barrio, ya fuesen los viejos del lugar o los recién llegados.

Pero la diplomacia en las zonas marginales no es algo sencillo. Habían derribado las fábricas, los restaurantes y cualquier otro edificio con solo unas pocas grietas para hacer sitio a unos altos bloques de pisos, y al influjo de los recién llegados a la zona de Bed-Stuy, residentes con pigmentación deficiente; por eso siempre me resultaba refrescante, como un soplo de aire fresco, llegar a la esquina junto a la parada del metro. Poco importaba lo tarde o temprano que fuera, allí te encontrabas con los habituales, como si fuesen gárgolas de una iglesia gótica.

—¿Qué te cuentas, Superman? —dijo Jason cuando chocamos las manos y chasqueamos los dedos.

—No gran cosa, Batman. De camino al trabajo. ¿Y tú?

Se echó a reír y se palmeó la chaqueta. Aunque estábamos en mayo, ya hacía calor, por lo que imaginaba que debía de estar sudando como un cerdo bajo esas ropas. Con sus enormes vaqueros, sus immaculadas Timberland y su gorra de pescador, mi colega parecía uno de los integrantes originales de Wu-Tang Clan. Los dos teníamos veintidós años y una constitución atlética similar, pero, no sé por qué, la gente siempre creía que él era mayor que yo. Debía de ser por el arreglado bigote y la perilla.

—Yo ya estoy currando —dijo.

Madre mía, ese tío era todo un personaje, pero también era mi mejor amigo desde hacía más de diecisiete años, cuando un payaso intentó quitarme mi mochila de las Tortugas Ninja y Jason lo tumbó de un golpe. Cuando le pregunté por qué me había defendido, se encogió de hombros y dijo: «Que alguien quiera algo no significa que pueda quitarte lo que es tuyo». A partir de ese momento fuimos Rafael y Donatello, Batman y Superman, Kenan

y Kel. Pero si hubiese sabido que ser amigos me iba a meter en el más oscuro de los marrones, lo habría dejado tirado allí mismo.

—¿Qué pasa? —me dijo al notar mi mirada—. Tú no eres el único buscavidas que se mueve por aquí.

—No soy ningún buscavidas que se mueva por aquí, colega. Estoy esperando la oportunidad adecuada, eso es todo. Y cuando aparezca, cambiaré y me montaré en ella. Ya lo verás, me llevaré mi parte de allí —dije señalando hacia el Crown Fried Chicken que estaba junto al colmado del señor Aziz—. Y de allí —repetí señalando ahora hacia Kutz, la barbería que estaba junto al Crown Fried Chicken—. Pero no me verás ahí o allí —dije apuntando con el mentón hacia un nuevo bar hípster y un edificio de pisos recién construido.

Jason se echó a reír.

—Sí, eso es lo que dicen todos hasta que mueven su culo al mundo de los blancos.

—Estoy bien donde estoy, Batman, y con mi gente. Como tu culo moreno. Pero me lo voy a montar muy bien. ¿Qué estás leyendo ahora?

—Williams.

—¿Tennessee?

—¿De qué vas, chaval? John A. ¿Y tú?

—Huxley.

—Tienes que dejar de leer a vejestorios blancos, negro.

—Claro, hermano. Nos vemos.

—Ya te digo.

Wally Cat estaba sentado en una caja de plástico a la que había dado la vuelta en la esquina del otro lado de la calle, leyendo el periódico. Yo iba corriendo hacia el metro cuando le oí decir:

—¡Eh, Darren!

Algo me dijo que lo ignorase y que bajase hacia el húmedo y maloliente andén, pero no lo atendí.

Crucé la calle.

—¿Qué pasa, Wally Cat?

—¿Cómo está tu madre? —Se relamió los labios como un sudoroso pervertido.

Si por aquel entonces hubiese tenido huevos, le habría dicho a Wally Cat que si no dejaba de preguntar por mi madre lo iba a meter en un ataúd más rápido que una dieta regular de Big Macs Dobles con patatas Deluxe, pero no los tenía. En parte porque era un poco pasmarote, pero sobre todo porque me caía bien.

Ya ves, Wally Cat era el ejemplo perfecto de alguien que siempre había estado ahí. Pero no de esos que recuerdas por todo lo que podían, querían o debían haber hecho «allá por mi época». No, a los sesenta, con una camisa hawaiana, pelo afro medio cano, un immaculado sombrero fedora y una panza en expansión, Wally Cat ya había sido millonario un par de veces. Como Ma solía decir, ese tipo había vivido en una granja estudiando a los caballos —peso, carácter, el modo en que se movían o comían—, después se había metido en el mundo de las carreras de caballos y casi siempre elegía al ganador.

Un día que estaba repasando las siguientes carreras en el periódico, se fijó en todas esas empresas nuevas que habían aparecido en la bolsa. Y eso fue todo. Dejó de apostar por caballos y empezó a hacerlo por empresas. Pero lo hizo acudiendo a las oficinas de dichas compañías y hablando con los conserjes, que siempre estaban a la última de lo que les ocurría a los CEO y a los vicepresidentes, de si las instalaciones de las empresas estaban descuidadas o limpias, de si la gente era puntual o llegaba tarde y cosas así. Convirtió un par de miles en un par de millones en menos de una década. Por su cuenta. Y entonces empezó a comprar propiedades. Pero la cuestión es que lo que más le gustaba en el mundo a Wally Cat era estar sentado en la esquina, leyendo el periódico y observando pasar a la gente. Es más, seguía usando vales de descuento.

—Está bien —dije sentándome en la caja que había a su lado.

Padres con niños demasiado pequeños para llevarlos al colegio y demasiado enérgicos para dejarlos en casa llegaban al parque

infantil que teníamos a nuestra espalda, el Marcy, y los dejaban sueltos. Los gritos llenaban la cálida atmósfera.

—Me alegro. Ya sabes que, en sus tiempos, tu madre era la mujer más elegante de todo Bed-Stuy. Tan elegante que no se mezclaba con negratas como yo. Tenía ese estilo especial, ¿sabes a qué me refiero? Como tu padre. Era uno de esos negros hispanos, arreglados *suavemente*,¹ que no se podían quitar de encima a las chicas, pero era un tipo decente. —Se quitó el sombrero y se enjugó el sudor de la frente con un pañuelo.

—Sí, amigo. Lo sé. —No quería que Wally Cat se siguiese recreando en el recuerdo de mi madre, así que cambié de tema—. Eh, Wally Cat, ¿por qué vuelven a llamarte Wally Cat?

Se pasó la lengua por los dientes y me miró por encima del hombro.

—Muchacho, no me hagas preguntas que no te *incumben*. Será mejor que pidas cosas que te aporten información que luego puedas usar en tu vida. Nada de preguntas de «sí o no». Me refiero a esas abiertas que exigen una respuesta extensa que te hacen romperte la cabeza. Como, por ejemplo, ¿por qué el chico con las mejores notas del instituto Bronx Science está malgastando su vida en un trabajo de...?

Lector: Wally Cat puede ser muchas cosas, pero no tiene un pelo de tonto. Lo que me dijo ese día fue una lección de ventas, aunque disfrazada. La calidad de la respuesta viene determinada por la calidad de la pregunta. Apúntatelo y págame derechos de autor.

Yo ya había cruzado la calle antes de que él llegase a terminar la frase. Por lo general disfrutaba de las charlas con Wally Cat, pero ese día, el día que mi vida cambió para siempre, quería ir a trabajar, regresar después a casa, pasar un rato con Soraya y dormir.

(1) En español en el original. (N. del E.)

Cuando hice el transbordo de la línea G a la L en la avenida Metropolitan, sentí que alguien me tocaba el hombro. Pensé que se trataba de algo accidental, así que subí la música y cerré los ojos. El bajo de «Polo & Shell Tops», de Meek Mill, me invadió los oídos como las tropas estadounidenses Irak.

Volvieron a tocarme el hombro, esta vez con más intensidad. Siempre que me ocurre algo así, lo ignoro. Pero entonces una mano con las uñas arregladas me agarró de la muñeca y tiró de ella, hasta que quedé cara a cara con una delgada chica coreana con el pelo rizado y castaño y una chaqueta vaquera que se le ajustaba a la perfección.

—Darren Vender, el fantasma de Bronx Science —dijo separando los labios pintados para revelar una sonrisa Colgate.

Me quité los auriculares.

—Adrianna, ¿qué tal?

—Ya ves, de camino al Midtown. ¿Cómo te va?

—Pues igual. ¿Qué has estado haciendo?

—Oh, bueno —dijo—. Me gradúo en la Universidad de Nueva York la semana que viene. De hecho, voy a una entrevista ahora mismo.

—Genial —respondí eliminando el acento de Bed-Stuy de mi voz—. Una entrevista, ¿para qué?

—Me da un poco de vergüenza decirlo, pero es para un puesto básico de marketing en una *startup*.

«La Virgen. Si a ella le avergüenza un puesto básico de marketing, especialmente antes de graduarse en la Universidad de Nueva York, yo estoy jodido.»

—Seguro que les encantas —dije.

Por suerte, ella no disponía de visión de rayos X. En caso contrario, habría visto el delantal negro en mi mochila. Gracias a Dios por duplicado, pues el metro llegó a Union Square y eso puso fin a nuestra conversación.

—Gracias. Ya nos veremos —dijo alejándose.

Segundos después, me di cuenta de que los dos habíamos bajado en la 6, así que me dirigí al extremo opuesto del tren.

Es curioso. En ese momento no le presté atención a haberme encontrado con Adrianna; los fantasmas del pasado siempre reaparecen en Nueva York. Pero, ahora que lo pienso, es posible que cruzarme con ella tuviese algo que ver con la tormenta de mierda que vino a continuación.